SEGUNDA PARTE.

I

En el momento de poner mano á la segunda parte de esta verídica historia, debemos dirigir una súplica á nuestros lectores y especialmente á nuestras lectoras: y consiste en que no se subleven si la verdad, tal cual la codeen diariamente en sociedad, se les presenta en estas páginas con colores algo vivos, aunque dulcificados. Debe amarse la

verdad, se la debe velar, pero no enervarla. El ideal no es otra cosa que la verdad revestida con las formas del arte. El novelista sabe que no tiene derecho para calumniar á su época; pero tiene derecho para describirla ó no tiene ninguno. En cuanto á su deber, cree conocerlo, y consiste en conservar, en medio de los cuadros de costumbres mas delicadas, juicio severo y casta pluma. Espera no faltar á él: y esto dicho, continua su relato.

Cinco años hacía proximamente que los electores del distrito de Reully habian enviado al conde de Camors al Cuerpo legislativo, y no se arrepentian. Su diputado conocia maravillosamente sus pequeños intereses locales, y no perdia ocasion de servirles. Ademas, si algun elector, encontrándose de paso en Paris, se presentaba en el hotel que se habia hecho construir en la avenida de la Emperatriz por un arquitecto llamado Lescande (esta fué una delicadeza que tuvo el conde de Camors con su antiguo amigo) se le recibia con tanta afabilidad, que volvia enternecido á la provincia. El conde de Camors se dignaba informarse si la esposa ó las hijas le habian acompañado en el viaje: ponia á su disposicion billetes de teatro y tarjetas para la Cámara; en-

BIBLIOTECA CENTRAL

señábales sus cuadras y caballerizas. Hasta hacia que trotasen sus caballos en el picadero ante su vista. Decíase, y se repetia en el distrito, que tenia el aspecto menos melancólico que antes, y que su semblante habia ganado mucho. Su cortesía, algo rígida, se habia suavizado, sin perder nada de su dignidad; su rostro, algo sombrio en otro tiempo, habia adquirido cierta serenidad á la vez sonriente y grave, teniendo toda su persona como gracia real. Usaba con todas las mujeres, jóvenes ó viejas, pobres ó ricas, honradas ó no, la célebre urbanidad de Luis XIV. Con sus inferiores, lo mismo que con sus iguales, sus modales eran exquisitos; porque en el fondo despreciaba de la misma manera á las mujeres, á los iguales y á sus electores.

No amaba, no estimaba ni respetaba otra cosa que á si mismo; pero se amaba, estimaba y respetaba como á un Dios. En efecto: en aquella ápoca, habia conseguido realizar tan completamente como era posible el tipo casi sobrehumano que se habia propuesto en la hora crítica de su vida; y cuando se contemplaba de pies á cabeza en el espejo ideal que tenia siempre á la vista, quedaba satisfecho. Era efectivamente lo que deseaba ser, y cumplia con exactitud el programa

de su vida, tal como se lo habia trazado. En virtud del constante esfuerzo de su enérgica voluntad, habia conseguido dominar en si mismo, como desdeñaba en los otros, todos los sentimientos instintivos de que es juguete el vulgo, y que solamente eran, segun su juicio, sugestiones de la naturaleza animal ó convenciones que sujetan á los débiles y de que se desprenden los fuertes. Diariamente se aplicaba á desarroyar hasta su última perfeccion los dones físicos y facultades intelectuales que habia recibido de la casualidad, con objeto de obtener en su breve paso entre la cuna y la nada la mayor suma posible de goces. En fin, convencido de que la flor del saber vivir, la delicadeza del gusto, la elegancia de las formas y el refinamiento del punto de honor constituyen una especie de belleza moral que completa al caballero, procuraba adornar su persona con estas gracias ligeras y supremas, como artista concienzudo que no quiere dejar en su obra ningun detalle imperfecto.

Resultaba de este trabajo, continuado sobre si mismo con tanta constancia como éxito, que el conde de Camors, en el momento en que volvemos á encontrarle, si no era tal vez el mejor hombre del mundo, era probablemente el mas amable y el mas feliz. Co-

BIBLIOTECA CENTRAL

mo todas las personas que se deciden á tener mas méritos que escrúpulos, todo le favorecía maravillosamente. Seguro ya de su porvenir, se desquitaba ampliamente y vivía en espléndida opulencia. La rapidez de su fortuna se explicaba por su asombrosa audacia, por la sutileza y seguridad de su juicio, por sus grandes relaciones y tambien por su independencia moral. Tenia una frase feroz, que por otra parte, pronunciaba con toda la gracia imaginable. "La humanidad (decia) está compuesta de accionistas." Penetrado de este axioma, pronto se habia doctorado en la francmasoneria de la alta corrupcion financiera. Distinguiase por la seductora autoridad de su persona. Sabia aprovechar su nombre, su posicion política, su reputacion de honor, sirviéndose de todo y no comprometiendo nada. Utilizaba á los hombres, á los unos por sus vicios, á los otros por sus virtudes, y á todos con igual indiferencia. Era incapaz de una accion baja, y nunca hubiese comprometido á sabiendas á un amigo ni á un enemigo en un asunto desastroso. Lo único que ocurria era que si el negocio tomaba mal aspecto, el salia á tiempo y los demás quedaban; pero en las especulaciones financieras, lo mismo que en las batallas, existe lo que se llama carne

BIBLIOTECA CENTRAL

de cañon, y si se cuidase demasiado de ella, no se haria nada grande. Tal como era, pasaba con razon por uno de los mas delicados entre sus compañeros, y su palabra valia como letra de cambio en el mundo de la alta industria, asi como en los círculos mas elegantes del *sport*.

No se le estimaba ménos en el Cuerpo legislativo, en el que habia adoptado un papel original: el de trabajador. Las comisiones de negocios se lo disputaban, y se agradecia muchísimo á aquel elegante jóven su laboriosa y modesta capacidad. Asombraba verle dispuesto para las cuestiones mas árduas y los informes mas ingratos, los proyectos de ley de interés local, no ofrecian para él dificultad ni misterios. Nunca hablaba en sesion pública; pero se ejercitaba en la palabra en la penumbra de las secciones, donde se observaba cada vez mas su estilo claro, sóbrio y algo irónico. Nadie dudaba que fuese uno de los hombres de estado del porvenir; pero comprendíase que se reservaba. Su matiz político permanecia algo indefinido. Sentábase en el centro izquierdo, cortés con todo el mundo. Persuadido como su padre de que la generacion creciente, en los plazos ordinarios, querria tener su capricho de revolucion, calculaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

con placer que esta catástrofe periódica coincidiria probablemente con sus cuarenta años, lo cual abriria á su cansada madurez una fuente de emociones nuevas, y determinaría sus principios políticos en conformidad con las circunstancias.

Sin embargo, su vida era bastante dulce para que esperase sin impaciencia la hora de la ambicion. Respetado, temido, envidiado por los hombres, las mujeres le adoraban. Su presencia, que no prodigaba, ilustraba un salon. Sus conquistas no podian contarse, porque eran á la vez muy numerosas y muy discretas. Sus pasiones eran de las mas efímeras. Los amores en que no hay algo espiritual, no son largos. Pero creia deberse á si mismo honrar á sus víctimas, y las enterraba delicadamente bajo las flores de la amistad. Por esta razon tenia muchísimas amigas entre las mujeres del mundo parisien, entre las que muy pocas le detestaban. En cuanto á los maridos, todos le querian. A estos placeres elegantes añadia algunas orgias violentas, cuyo regalo tentaba algunas veces su hastiada imaginacion; pero la mala compañia le repugnaba, y no se detenia con ella. No era hombre de desórden, sino que, al contrario, cuidaba mucho de sus vigilias, de sus fuerzas y de su

salud. En una palabra: sus gustos eran tan elevados cuanto pueden serlo los de una criatura humana que ha suprimido el alma. Los amores delicados el lujo de la vida, la música, la pintura, las letras, los caballos, le proporcionaban todos los goces del espíritu, de los sentidos y del orgullo. Habíase posado al fin en la flor de la civilizacion parisien, como la abeja en el seno de la rosa: libaba su esencia y se embriagaba en ella.

Fácil es concebir que gozando de aquella prosperidad el conde de Camors, se adheriria mas y mas á las doctrinas morales y religiosas que se le habian inculcado. Diariamente se confirmaba en la idea de que el testamento de su padre y sus propias reflecciones le habian revelado el verdadero evangelio de los hombres superiores, encontrándose por consiguiente, muy lejos de intentar la violacion de sus leyes. Pero de entre todos los extravios que le hubiesen hecho faltar á su sistema, del que se encontraba mas lejano era el del matrimonio, porque hubiese sido demencia de parte suya perder su libertad de la que tan agradable uso hacia para imponerse gratuitamente las trabas, la pesadez, el ridículo y hasta los peligros de una comunidad de bienes y de honor, y en